

El conde Bresson, sacrificado al odio de la Inglaterra, habíase suicidado en Nápoles.

El rey, con el fin de dar mas fuerza al poder y mayor actividad al gobierno, aumentó en esta época el número de ministerios, dividiendo en cuatro distintos el en que estaban reunidas las carteras de lo Interior, de Comercio, Trabajos é Instrucción pública, confiado al señor de Santangelo hacia 17 años.

Este antiguo ministro, que habia hecho al Estado los mayores servicios durante su larga administración, creyó de su deber retirarse; y la nueva combinacion ministerial produjo mas tarde funestos resultados, porque bajo el gobierno de hombres nuevos comenzaron á fermentar nuevas ideas; el poder de los oficinistas se ensanchó extraordinariamente; todos los que entraban á desempeñar por primera vez un empleo, se creían ya hombres de estado, esperando el mas brillante porvenir de innovaciones progresivas; y de ahí la necesidad incesante de cambios y reformas, y la propagacion de las mágicas ideas de libertad é independencia. Los hombres antiguos de talento reconocido, fueron tratados con desden y calificados de incapacidades retrógadas; mientras que se veían ensalzados los turbulentos, como los únicos que comprendían bien las circunstancias.

¿Qué habia de traer esto en pos de sí, sino que la revolucion estallase en Nápoles, en la misma Plaza Real? Así fué que en una de las últimas noches de Noviembre, á la hora de la retirada, y en el momento en que la música militar atraía la muchedumbre en derredor del palacio, salieron de multitud de grupos de estudiantes y extranjeros las mas entusiastas aclamaciones de “*Viva Pio IX! Viva la amnistía!*” En los dias siguientes, los mismos clamores, mezclados ya con los de “*reformas:*” los alborotadores quisieron que la orquesta militar tocase de por fuerza el himno de Pio IX; y como se retirase (1) la música, prorumpieron en insultos furiosos y en gritos de “*Abajo el ministro de policía! Abajo el confesor del rey* (2)!” Dirigiéndose en seguida á la calle de Toledo, al palacio del nuncio apostólico, pidieron que se asomase al balcon; y negándose á ello el nuncio, lanzaron gritos amenazadores y siniestros, ocultando las caras en anchas corbatas de lana. Los grupos se iban engrosando, y hubo necesidad de emplear la fuerza para dispersarlos.

Comenzaba el desórden en Nápoles; pero no contentos con ello, quisieron que hubiese tambien tumultos en Palermo.

El duque de Majo, lugar-teniente general del rey en Sicilia, era hon-

(1) No volvió á tocar mas en la plaza.

(2) El ministro se llamaba Delcarretto y el confesor Codé.

rado, pero débil. Hombre de organizacion tibia é inerte, especie de *baño de maría* político, fué una nulidad deplorable, y no se libró del fatal epíteto de *traidor* sino por el triste nombre de *imbécil*.

El 12 de Enero era el cumpleaños del rey, y los sicilianos anunciaron con tres dias de anticipacion, por medio de carteles fijados en las esquinas, que le solemnizarían con un levantamiento general. Conspiraban públicamente, armábanse sin temor y sin obstáculos, porque Majo era sordo y ciego (1).

A las siete de la mañana del mismo dia 12, se presentaron los conspiradores en número de *setenta y cinco*. Unos cuantos gendarmes hubieran bastado para disipar tan insignificante grupo.

¿Qué hizo, empero, el lugar-teniente general? Pensó que seria estrepitosa imprudencia atacar á un puñado de camorristas con una guarnicion de seis á ocho mil hombres, un castillo fortificado, municiones y artillería: prohibió en su consecuencia todo combate; no intentó resistencia alguna, y, concentrando sus tropas en varios puntos de la ciudad, abandonó el resto á los rebeldes.

A la tarde se habia aumentado el número de conspiradores hasta el de quinientos; al dia siguiente se habia duplicado este guarismo; de todos los pueblos circunvecinos llegaban nuevos insurrectos, y dos ó tres dias despues habia ya millares. La marina inglesa aplaudia entusiasmada; sus oficiales enarbolaban en las puntas de sus espadas banderines tricolores en el jardin de Flora y en el teatro, sobresaliendo entre todos el comodoro Lushington, pues jamas súbdito alguno de la Gran Bretaña manifestó entusiasmo. “*mas siciliano.*”

El duque de Majo, el general Vial y otros oficiales superiores, reunidos en el palacio real, conferenciaban acerca del acontecimiento. ¿Buena ocasion de hablar! Convinieron en defender lo mejor que fuese posible las posiciones estratégicas de la ciudad, tales como la plaza de Santa Teresa, donde tenia su cuartel el tercer regimiento de dragones, el Noviciado, San Jacobo, el Hospital civil, el ministerio de Hacienda y los Quattroventi.

El coronel Suizo Gros, comandante del fuerte de Castello á Mare, recibió del duque de Majo la orden de simular un bombardeo. El plan del

(1) ¿Qué quejas podia tener de Nápoles Sicilia, cuya administracion era menos gravosa que la de la madre patria? No habia quintas en Sicilia, ni impuesto sobre la sal (en Nápoles valia 50 francos el cántaro, que son dos quintales, y en Sicilia un franco); era libre el comercio del tabaco (valia tres cuartos menos que en Nápoles); no habia la contribucion del papel sellado; eran menores los derechos de aduana, y el rey iba con frecuencia á Sicilia, no rehusando casi nada á un pueblo á quien profesaba afecto sincero.

duque era por cierto de lo mas original que puede imaginarse: atacar sin pelear y resistir sin defenderse. Cuando era de absoluta necesidad *herrear ó quitar el banco*, como vulgarmente se dice, Majo no hizo ni una cosa ni otra.

Nada es tan fatal en época de revolucion como las vacilaciones y las medidas á medias: así fué que las inútiles detonaciones del fuerte solo sirvieron para exasperar la irritacion de los ánimos: los cónsules extranjeros protestaron; y el fuego, neciamente roto, tuvo que cesar con poca ignominia.

Al llamamiento que la ciudad hizo á las campañas, acudieron algunas hordas de bandidos, entre ellos Salvador Miceli, vecino de Montreal, y el famoso ladrón Scordato. La audacia de los rebeldes crecía tanto mas, cuanto que solo se les oponía una prudencia que bien pudiera llamarse cobardía, y una ineptitud muy parecida á la traicion.

Atemorizados los principales habitantes de Palermo, se pusieron de parte de los insurrectos, crearon un gobierno provisional dividido en muchas secciones, á cuyo cargo se confió la direccion del Estado, declararon que estaban llamados á fundar *para siempre* (estilo revolucionario) *la nacionalidad siciliana*, y para que nada faltase á su triunfo, les prestó su apoyo la Inglaterra, patrocinadora de las rebeliones.

Lord Edgecumbe, par de la Gran Bretaña, y enviado extraordinario de lord Palmerston, codiciaba ya la Sicilia: habíase presentado como medianero entre los rebeldes y el duque de Majo, y escribía al general Vial estas arrogantes palabras:

“El pueblo siciliano cree que se encuentra en posicion de *exigir mucho*, y espera se le otorguen *concesiones muy considerables*, siendo claro que no se contentará con *promesas*, sino que será necesario darle *garantías* (1).”

Luego que llegaron á Nápoles estas noticias, celebró el rey un consejo de ministros, y se acordó en él enviar á Sicilia cuatro fragatas de vapor y otras naves, hasta completar el número de doce, con siete mil hombres, al mando del general Desauget, militar de renombre é indudable talento. El mando de la escuadra se encargó al príncipe Luis de Aquila.

El general Desauget desembarcó en la noche del 15 de Enero y vivaqueó fuera de la ciudad en la posicion de Quattroventi, defendida por los soldados de Majo.

Un terror pánico se apoderó de los rebeldes á vista de la expedicion: la mayor parte no piensa mas que en la fuga; refúgiáanse unos en el navío inglés *Bul Dog*; dispónense otros á huir á los desfiladeros de la montaña; y en tal estado era dueño el general en jefe de pulverizar al ene-

(1) Carta del lord Edgecumbe al general Vial. Enero, 1848.

migo. Hubiera sido esta una conducta valerosa, mas prefirió la de Majo.

¿Fué traidor? cosa es que no puede decirse. ¿Cobarde? es imposible pensarlo. ¿Estúpido? cuesta trabajo creerlo. Todos sus actos envolvían misterios, y solo parece evidente que fué la gran fatalidad de la época, así por lo descabellado de sus planes, como por las incalculables funestas consecuencias que produjeron.

Desauget tenía orden de ocupar la fuerte posicion de Termine y otros parajes circunvecinos para bloquear á Palermo por tierra, mientras hacían lo mismo por mar la escuadra y la ciudadela: abundaba en víveres y municiones, y con solo marchar adelante era su triunfo infalible; pero no marchó.

¿Quería el triunfo..... ajeno? ¿Era, segun se susurraba, miembro de las sociedades secretas?.... Desauget habia merecido hasta entonces el concepto de valeroso, inteligente y activo: ¿cómo fué que se convirtió de improvisó en tuerto y paralítico? Severa debe ser para con él la historia.

Puso en comunicacion su cuartel general de Quattroventi con las posiciones militares conservadas por el duque de Majo; pero en vez de unir á las tropas de éste las suyas, entrando atrevidamente en la ciudad, permaneció ocioso en su campo, aguardando... no se sabe qué.

Sospecharon los suyos de su lealtad, acusáronle de perfidia, bramaban de furor sus valientes soldados, y él solo contenía sus impetus.

Sorprendidos los rebeldes, salieron mas fuertes que nunca de su estupor momentáneo, y apoyados ocultamente por la marina inglesa, atacaron las posiciones de Majo, defendidas por un puñado de soldados que pelearon valerosamente, pero que hubieron de ceder al número. ¡Y esto ocurría á cuatro pasos del cuartel general, que habria podido socorrerlos!.... La tropa gritaba; á las armas! y Desauget guardaba silencio.

Las posiciones militares de Majo fueron evacuadas sucesivamente: el Noviciado, San Jacobo, el Hospital civil, el monasterio de Santa Isabel, y el ministerio de Hacienda, se rindieron á los insurrectos, no quedando por tomar mas que el palacio real y la ciudadela.

Los vencedores hacen demostraciones frenéticas de alegría en las calles, en los teatros, en las iglesias, en todas partes. El duque, espantado, delibera. Dase prisa á reunir el consejo; pero va á decirle: “¿Es preciso pelear?” No: dice, “es preciso huir.” La Sicilia radical, que á tantos ofreció mas tarde su trono con manto, cetro y corona, hubiera debido votarle una palma.

Majo, abandonando su palacio, partió furtivamente y durante la no-

che (1) retirándose á Quattroventi, donde el general Desauget, como Aquiles en su tienda, tenia las armas en pabellones y auxiliaba al parecer..... al enemigo. Y si al menos hubiera hecho el duque su retirada por fuera de la ciudad en campo raso, habria llegado sano y salvo á su destino; pero hubiera sido idea demasiado natural y necesidad demasiado incompleta. Hace, pues, desfilar á sus columnas por calles estrechas, y al pasar sus soldados á lo largo del camino Olivuzza son fusilados á derecha á izquierda, sin ver siquiera á los enemigos. Desde lo alto de las casas, á través de los vallados, detras de las esquinas les hacen descargas continuas: así que, teniendo armas no podian pelear, y una vez heridos no les quedaba mas remedio que morir.

Luego que Majó llegó á Quattroventi con el resto de las tropas, depositó su autoridad en manos del general Desauget, conforme á las órdenes venidas de Nápoles. ¡ Ah! que todo iba de mal en peor.

El general en jefe pasó revista á las tropas de su mando, en número de 10,000, sin contar la guarnicion del fuerte de Castello á Mare: mas de las necesarias, de modo, que ninguna duda cabia acerca de su triunfo, caso de querer atacar, cuando contaba con tales medios. Solo se esperaba su señal; todos ansiaban desenvainar la espada, é iba á cesar al fin la inaccion; pero en su lugar dió la orden de: "Evacuar en seguida á Palermo (2)."

El ejército lanzó un grito general de indignacion, no pudiendo nadie creer lo que pasaba. ¡ Se retrocede! ¡ Ante qué peligro? ¡ Se cede! ¡ A qué poder?

Acordóse la retirada á Mesina atravesando toda la Sicilia: ¡ cómo! ¡ por medio de poblaciones en que fermentaban las ideas de independencia? Mas una retirada tan vergonzosa iba á producir un levantamiento general en el país de Tancredo y de Rogerio. Posible era y aun probable; pero la orden estaba dada y fué preciso obedecer.

Comienza en seguida la retirada. Desauget hubiera podido embarcarse, porque tenia por suyo el puerto, la ciudadela y la escuadra. "¡ Por aquí!" decia el natural discernimiento; "por allí" decia la locura; y el general deja sin titubear el camino llano por los precipicios.

Las columnas reales se internan en los desfiladeros mas impracticables y en las gargantas mas ásperas de las montañas. Esperábanlas los sicilianos en *Bocca di Falco* en medio de rocas y torrentes, donde cercadas, embestidas, destrozadas caen de uno en otro desastre: pierde el general

(1) En la noche del 25 al 26.

(2) Cenno storico degli avvenimenti della truppa napoletana, etc., 1848. Nápoles, por V. D.

una parte de su artillería, de sus equipajes y de su ejército; y todo esto tan á tiempo, tan en las miras del enemigo, que parecia concertado de antemano.

Desauget llegó por fin al desfiladero de *Villabate*, en que se habian fortificado los rebeldes, y en donde castillos inespugnables, erizados de cañones ingleses, levantaban su imponente cabeza. ¡ Qué partido tomarán los napolitanos? ¡ habrá llegado su última hora?

No: que ni se acobardan ni se abaten, sacando fuerzas de la misma desesperacion, como de la oscura noche las estrellas su brillo.

Cada obstáculo fué un triunfo, cada soldado un héroe. Exasperados los batallones y respirando venganza, se precipitaron con nunca vista rabia sobre los sicilianos, los derrotaron completamente, recobraron con creces su artillería perdida, quedándose tambien con la inglesa, tomaron por asalto el punto fortificado de *Villabate* y todas las casas del pueblo una por una, cojiendo buen número de prisioneros y coronándose de gloria (1).

Esto ocurría á fines de Enero. En seguida ganaron la costa pasando por las terribles alturas de *Castelduccia*, y encontraron en *Solanto* la escuadra napolitana, con lo cual desapareció de todo punto el peligro.

Allí recibió Desauget la orden de no continuar la campaña y de volverse á Nápoles, sin duda porque el gobierno comprendió que perderia completamente la Sicilia, si el general en jefe reproducia en Mesina sus operaciones de Palermo.

Desauget obedeció; pero ¡ cómo habia él de abandonar la playa sin realizar algun gran pensamiento, alguna concepcion tan original como atrevida! Manda, pues, á sus artilleros que *abandonen todas sus piezas*, y tanto á éstos como á los ginetes que *maten todos sus caballos y mulas de tiro*. La medida no dejaba por cierto de ser tan imprevista como inaudita.

Ejecutóse, sin embargo, en algunas mulas; mas al llegar su turno á los caballos, se insurreccionaron los ginetes, negándose, como profanos á tan portentosas combinaciones, á ejercer con sus monturas el oficio de carniceros, y contentándose con echarles la brida sobre las crines y darles suelta por el campo; con lo cual, ya que no otra cosa, salvaron á la multitud de víctimas condenadas al matadero.

Con este motivo ocurrió un episodio tiernísimo, un hecho digno de los tiempos fabulosos; y fué que varios caballos, no queriendo abandonar á sus dueños, les siguieron sin que nada bastase á contenerlos, y al ver que se embarcaban, se arrojaron tras ellos al mar lanzando relinchos lastime-

(1) Véase la Storia degli ultimi fatti di Napoli, 1849, pág. 129 y siguientes.

ros. Los dueños lloraban viéndoles á lo lejos hender las olas, y sin poder acudir en su auxilio, hasta que fatigados los pobres animales se paraban.... comenzaban á sumergirse.... y desaparecían (1).

Otro incidente curioso: cuando al año siguiente reconquistó á Sicilia el general Filanghieri, parecieron todos los cañones y se recuperaron no pocos caballos.

Volviendo á los sucesos de Palermo, no bien salió de la ciudad el duque de Majo, invadió el pueblo soberano su palacio; y si bien el mayor de infantería *Ascenco* hubiera hecho frente de buena gana á los rebeldes, no obstante la corta fuerza de la guarnición, prevínosele que capitulase á fin de evitar la efusión de sangre; por donde, evacuado el palacio, penetró en él inmediatamente el pueblo.

Abriéronse al punto las puertas de las cárceles á 13,000 malhechores (2), y siguiendo su invariable costumbre, comenzaron los regeneradores sus hazañas de destrucción. El palacio real fué completamente saqueado, arrancadas sus colgaduras, desbalijados los armarios, los cuadros hechos pedazos ó robados, y lo mismo todo el mueblaje, sin perdonar los mosaicos ni aun las losas de los salones. Despues demolieron los baluartes; devastaron la casa del general napolitano *Vial*, reduciéndola en seguida á escombros, y haciendo otro tanto, ó poco menos, con las habitaciones de los napolitanos adictos al rey. Solo respetaron los templos, magníficos monumentos, cuyas riquezas, fuerza es decirlo, podían dar pábulo á poderosas tentaciones. Las magníficas estatuas de los reyes de Sicilia, que adornaban el lindísimo paseo de Palermo á orillas del mar, cayeron por tierra destrozadas. ¡Triste fatalidad de las revoluciones, que por mas que las domine un pensamiento creador han de aparecer siempre como destructoras!

De los cincuenta y dos agentes de policía cojidos prisioneros, fueron asesinados veinte y dos; los otros treinta, á quienes se concedió la vida por intercesion de algunos sacerdotes, se vieron trasladados á la cárcel en compañía de unos veinte napolitanos; y cuando despues de haber padecido los mas atroces tratamientos, se creían salvos todos estos presos, se adelantan hácia ellos á la caída de la noche unos cuantos malvados, diciéndoles con las hachas levantadas en alto:

“No os queda mas tiempo de vida que el preciso para que dirijais al cielo vuestra última plegaria: encomendad vuestra alma á Dios.”

Y todos perecieron.

(1) Véase la *Storia militare della rivoluzione avvenuta in Palermo, 1848*, pág. 31.

(2) *Historia de las revoluciones de Italia*, *Pepé*, pág. 284.

Con un poco de energía hubiérase podido reprimir tan horrosas escenas el gobierno provisional, á cuya cabeza estaban *Ruggiero-Settimo* y *Mariano Stabile*; mas á pesar de su omnipotencia, él mismo temblaba ante la revolución, que deseaba dominar porque iba mas lejos de lo que creía, y nadie era osado á levantar su voz en contra de los terroristas.

Al Banco le obligaron á abrir sus puertas, y solo quedaba ya por someter la ciudadela. Deseando el gobierno napolitano evitar una efusión inútil de sangre, dió orden al comandante de que se rindiese, como lo hizo en efecto, puesto que pesaroso, saliendo del fuerte con todos los honores de la guerra. Habían dado tantas pruebas de valor él y su guarnición, que cuando evacuaron la plaza les hizo justicia el enemigo saludándoles con prolongadas aclamaciones.

En seguida se embarcaron para Nápoles penetrados del mas profundo dolor, como quien se despide para siempre de un objeto querido. ¿Por qué tanta desesperacion? ¿Por qué este último abandono?... ¡Ah! era porque en aquel mismo momento Nápoles tocaba á su perdición: eran los últimos dias de Enero, é iba á estallar nuevamente la tempestad revolucionaria.

CAPITULO II.

LAS CALABRIAS Y CARDUCI.—AGITACIONES EN NAPOLES.—EL MINISTRO DELCARETTO.—27, 28 Y 29 DE ENERO.—LA CALLE DE TOLEDO Y EL MERCADO.—EL REY EN MEDIO DE SU PUEBLO.

De poca importancia habían sido las demostraciones populares de Nápoles en Noviembre y en Diciembre; pero tal era en toda la Italia la fermentación anárquica, que por do quiera se presentian catástrofes. Apenas se supo la revolución de Palermo en la capital de las Dos Sicilias, cuando empezaron los desórdenes. Costabile *Carducci* fué el primero que se atrevió á alzar el grito, sublevando, á la cabeza de algunos facciosos, el *Cilento*, país de rocas y montañas, célebre desde el reinado de Murat por sus turbulentos carbonarios y su espíritu sedicioso.

Los rebeldes, en número de unos mil, empezaron por inutilizar la barca de Selé, para detener los destacamentos que les perseguían, y que no por ello dejaron de alcanzarlos. *Carducci* estaba en *Laurino*, posición militar donde hubiera podido sostenerse largo tiempo, pues que se encontraba en un castillo fortificado sobre la cima de un pico; pero cuando